Se acaban de cumplir cien años del nacimiento del maestro Pedro Flores (1897-1997), ante ello se han desarrollado en Murcia numerosos actos relacionados con su figura y su obra y donde especialistas, tanto de la pintura como de la pluma, han sabido poner de manifiesto su vigencia en este momento y la calidad de su obra, mostrando el recio sabor de su pintura y su talento, el del artista genial y el del bohemio en París, en unos años de guerra y de abatimiento donde el pintor sufre lo suyo pero al mismo tiempo conoce a personajes de gran interés que le influyen en su posterior obra, pero eso sí, sin dejar de amar a su Murcia querida, a su huerta y a sus cosas que desde su infancia le imprimen carácter a su obra entera...

Quien este comentario escribe conoció al pintor en sus años infantiles, por aquellos años de los sesenta cuando Pedro Flores solía acercarse a su ciudad y vagar con sus bártulos por los carriles de la huerta, o acaso introducirse en el café Los Santos, para impartir conversaciones con sus compañeros, sin duda Garay y Gaya.

Se trataba de un personaje pleno de un aureola señera de genial pintor que nos había llegado de Francia, donde era muy estudiado y considerado, amigo de Picasso y de tantos excelentes artistas del momento, pero al mismo tiempo tenía algo de mágico en su forma de ser, de comportarse y de conversar. Confieso que por mis años me atraía mucho su desgarbada persona, bajo y con un rostro casi goyesco, como embebido por una alucinante necesidad de traducir todo en pintura, de describir con sus dedos regordetes cada señal en trazo imaginario y después cuando tuve ocasión de verlo pintar en la cúpula del Santuario de la Fuensanta, aún retuve su garbo de colosal pintor renacentista ubicado en su mediterraneidad abierta y co-

lorista, representando a los hombres briosos de nuestra ciudad, a los auroros brumosos, a Garay y a Garrigós, dos personas a las que también tuve el honor de conocer y también de compartir sus conocimientos, de hablar con ellos desde los carriles de la huerta –en el caso de Garrigós– el escultor de los auroros, y de Luis Garay por los riscos del monte.

Se trata de tres personajes a los que he de tratar con más extensión en un trabajo sobre memorias que estoy pergeñando, pero la verdad es que son los tres personajes que han influido, junto con mi padre Saura Pacheco, en mi vida de pintor y escritor... pues no tenía, por entonces, un gran conocimiento del pintor Gaya (aunque después lo fui descubriendo con sus esbozos bellísimos...), ni siquiera a otros, aunque sí a Juan Bonafe, el elegante señor de los grises en la pintura y recuerdo un hermoso cuadro con un gato, pintado desde su jardín de la casa de La Alberca que me causó impresión valiosa en aquel momento y siempre...

Desde la visión efímera recuerdo palabras y trazos a la acuarela de Pedro Flores llevando carpetas insólitas por las calles de Alfaro y su figura inquieta encaramándose por las alturas trascendentales de esa genial pieza de la cúpula entredicha, que siempre contemplare con el mejor agrado, como un regalo del pintor a Murcia, a la ciudad que tanto amaba muy a pesar de pasar la mayoría de su vida en París, utilizando allí sus otros medios, aguafuertes y lienzos con trazos negros para impactar con mejor fortuna y ligereza. Su obra es la de su forma de ser y pensar muy a pesar de los ismos que pasaron por su mente y quedan plasmados en su gran y extensa obra. Me gusta en especial su obra costumbrista, sus casitas o barracas huertanas que quedaban aún por su paisaje preferido, sus

procesiones de Semana Santa, sobre todo sus nazarenos gordos y cuadrados, cerca de los detalles urbanos, mostrándonos desde la lejanía una Murcia tan entrañable como su retina la palpaba desde el otro paisaje parisino, pero necesario y preciso.

Cuando en el año 1967 con motivo de su fallecimiento se le hizo un homenaje exponiendo en el Museo de Bellas Artes de Murcia su obra *Sobre Papel*, tuve la ocasión de acercarme más a la sustanciosa gesta de su pintura desde el rigor de la técnica empleada y me di cuenta de que Pedro

Flores tenía todos los conocimientos precisos para dominar el mundo plástico y los temas, bien en torno a sus Quijotes o los rostros parisinos, o apuntes de la huerta de tanta gracia, incluso de sus aguafuertes en los que aparece como un maestro. Su obra tenía que quedar en Murcia y en parte ha sido así para que el murciano tenga posibilidad de admirar y de deletrear el arte, con mayúsculas de nuestro pintor al que le cupo la gloria de ser murciano y de imprimir personalidad y gracia genial a su diversa técnica pictórica.

ANTE EL FALLECIMIENTO DEL ACUARELISTA (ANTONIO HIDALGO DE CISNEROS)

Como es usual en nuestra revista dar cuenta de aquellos sucesos que repercuten en la cultura murciana, más aún ante al fallecimiento de pintores y escritores que mucho han dicho tanto a nivel plástico como literario, es oportuno dar razón del evento desgraciado del fallecimiento de nuestro gran acuarelista murciano y amigo Hidalgo de Cisneros, que en su edad madura de 59 años se nos ha ido para siempre, víctima de una larga enfermedad que ha llevado con ejemplar humanidad y paciencia, no obstante ha sido un cristiano auténtico enamorado de Murcia y de sus tradiciones religiosas como las de Semana Santa, donde acaso ponía mayor énfasis en el tratamiento de estos temas...

La obra de Hidalgo de Cisneros compartida durante muchos años con un cercano grupo de amigos también acuarelistas, es característica por una ilusionada y fecunda labor bien realizada cerca del natural, de su amada huerta con la que tenía tantos recuerdos. Pero además le imprimía a sus cuadros tanto menudos como de hoja amplia todo un rigor de la mejor estirpe

técnica a la aguada. Colaboró durante su vida en numerosas exposiciones que pudimos realizar los amantes de la acuarela y en otros grupos culturales al respecto.

De bondadoso carácter y una amabilidad envidiable, siempre estaba alegre pese a su enfermedad, imprime en su actividad ilusión y contagia a los compañeros con su verbo, dispuesto a entregarse a cualquier actividad en pro de tan sutil técnica que él conocía como nadie. Ha sido amplio su repertorio de exposiciones realizadas en la región y fuera de la misma con consabidos éxitos y premios.

Ultimamente un grupo de amigos le rendimos un homenaje sincero y emocionado en su exposición de La Alberca sobre temas de esta hermosa pedanía, que por cierto vendió toda su obra. Una obra plena de sentimientos estéticos, porque Antonio Hidalgo era un buscador de la belleza y sobre todo un esteta que sentía el arte compartiéndolo con los demás compañeros, con sus amigos que ahora, cuando él se nos ha ido al otro lugar de paz y de los paisajes excelsos que sólo él será capaz de disfrutar.